

bro primero de sus revelaciones, donde el Salvador habla de esta suerte á su gloriosa madre: Madre mia, te asemejas á cierta flor que creció en un valle situado en medio de cinco montañas elevadas. Tenia tres raices que remataban todas en un solo tallo, y era muy derecha y sin nudos. De aquel tallo salian cinco hojas que despedian una increíble suavidad. Lo mas maravilloso de esta flor era que á medida que crecia, se levantaba tambien el valle; de manera que al fin sobrepujó los montes de alrededor, y las hojas subieron mas altas que el cielo. Dicho esto, comenzó el Salvador á explicar el misterio comprendido bajo de esta figura, añadiendo: Mi muy amada madre, tú eres el valle de que hablo, por tu profundísima humildad, que no tendrá jamás igual. Tú te elevaste sobre cinco montañas, es decir, sobre las almas mas eminentes de la ley antigua. Moisés fue verdaderamente un monte elevado por el poder absoluto que le di sobre mi pueblo, lo mismo que si le hubiera tenido cerrado en su mano; pero tú llevaste dentro de tu seno al Señor de la ley y al criador de todos los pueblos. ¿No habrá de confesarse que te elevaste indeciblemente sobre Moisés? Elías fue otro monte á causa de su santidad, por la cual mereció ser transportado á un lugar separado de la comun habitacion de los hombres; pero habiendo sido tú ensalzada sobre los coros de los ángeles hasta el trono de Dios, es preciso decir que sobrepujas indeciblemente á Elías. Sanson fue otro monte por su fortaleza, aunque le venció Satanás, mostrándose en esto mas fuerte que él; pero teniendo tú á tus pies el que derribó al valeroso Sanson, necesariamente has de ser mas alta en comparacion de él. Los dos últimos montes fueron David y Salomon: David, monte de perfeccion por haber sido segun mi corazon, aunque despues cayó en pecado: Salomon, monte de sabiduria; sin embargo fue vencido por el loco amor; pero tú firme y elevada sobre toda altura no caiste, ni te apartaste de mi

santa voluntad. Ese valle de tu profundísima humildad produjo tres raices, que son tres virtudes inviolablemente guardadas por ti, la obediencia, la caridad y la devocion. De esas tres raices salió un tallo extraordinariamente derecho y sin ningun nudo, que no es otro que la recta intencion que tuviste toda tu vida de agradarme. Las cinco hojas que se elevan sobre el empíreo y aun sobre todos los coros angélicos, son tu singular honestidad, superior á la de los ángeles, tu misericordia, que compadece cordialmente todas las miserias de los hombres, tu benignidad, que recibe á cuantos se acercan á ti, tu hermosura, que parece un conjunto de todas las hermosuras criadas, y la complacencia que tuviste únicamente en mí con desprecio de todos los otros gustos y satisfacciones.

VI. ¡Oh qué contento seria pertenecer al número de las misteriosas abejas de que habla la misma santa Brígida con otro motivo, las cuales revolotean continuamente en torno de esa flor admirable, hallando siempre dulce jugo que chupar! ¡Oh qué miel y qué composicion celestial forman esas buenas almas con los licores del paraíso que van cogiendo y reuniendo! ¡Oh qué mudanzas es necesario que se vean en los corazones alimentados de continuo con esta celestial ambrosia! Yo por mi parte dejo gustosísimo todas las otras delicias y suavidades que los hombres van buscando neciamente entre las criaturas perecederas, por una sola gota de las que se hallan en esta flor incomparable, que despues de Dios es el honor y la dulzura de la tierra y del cielo.

S. II.—Que es la perla de las buenas almas y la piedra preciosa inestimable.

I. Discurriendo acerca de las piedras preciosas el sábio naturalista ya citado afirma que en nada es mas admirable la naturaleza que en esto, ya se atiende á la muchedumbre y variedad de piedras, ya á la diversidad de

sus colores, ya á la excelencia de su materia, ya á su singular hermosura. En efecto algunos las han estimado tanto, que han hecho escrúpulo de grabarlas, por no disminuir su precio: otros las han igualado á los reinos enteros, y no ha faltado quien diga que una sola piedra preciosa era suficiente para mostrar la perfeccion de las obras de la naturaleza. Esto puede decirse con mayor razon de la que Crisippo, presbitero de Jerusalem, llamaba la piedra preciosa superior á todo precio (1), y S. Epifanio la inestimable joya del cielo; porque ciertamente ella sola sería capaz de dar á conocer la excelencia de su artífice, y aun cuando este no hubiera producido otra criatura, hallaría sus infinitas perfecciones muy naturalmente estampadas en ella. No obstante quiso hacer otras innumerables, ya para que la Virgen como su obra acabada descollase mas entre ellas, ya para que tuviese admiradores de sus designios y panegiristas de sus grandezas.

*La virgen María es la perla preciosa del mundo.*

II. S. Cirilo de Alejandria, arengando al concilio de Efeso, dió á la madre de Dios el titulo de preciosa perla del mundo; y ciertamente con razon, ya atendiese á su concepcion y natividad, que fue toda celestial, ya se fijase en la blancura y pureza de su alma, ya en fin tuviese á la vista el precio de la obra mas excelente de naturaleza y gracia que hay entre las simples criaturas, en especial cuando es pareada con la perla preciosa, que es el Verbo encarnado. Con efecto los antiguos estimaron siempre mas las perlas orientales que van dos á dos y tienen sus iguales en tamaño, redondez y hermosura: esas son

(1) Orat. de S. Deip.

las que por excelencia se llaman uniones. Al principio de este tratado hice ver que la virgen María fue vaciada en el molde del Verbo humanado, y que se asemejó á este cuanto es dado á una simple criatura. Respecto del precio de esa perla divina, que nos fue enviada del cielo (quiero decir, el Verbo encarnado), no trato de hablar aquí porque no lo permite el asunto; pero tocante á su compañera, que es su bienaventurada madre, hago mucho caso de un dicho de S. Basilio de Seleucia, el cual afirma que es tan preciosa, que ella sola vale mas que todo el mundo entero (1). Estas palabras me traen á la memoria la conducta de aquel hombre del Evangelio, que habiendo hallado una perla preciosa vendió cuanto poseia para comprarla. Muchos santos padres han tomado esta perla por la virgen María, la cual pudo tanto con el sabio lapidario del cielo, que en cierto modo le hizo dejar todo lo que tenia allá arriba para adquirirla. El que ha hablado con mas claridad que todos, ha sido S. Idefonso llamándola la obra única de la Encarnacion; porque ya quisiese decir que por ella sola padeció el Salvador del mundo la muerte con mas gusto que por todas las otras criaturas, ya entendiese que ella sola es capaz de dar á conocer el alto precio empleado por nosotros, siempre se tendrá en todos sentidos que ella es el solo fruto de la redencion y la única obra del Redentor. Yo por mi parte aplaudo al elocuente S. Ambrosio, que explicando aquellas palabras del esposo de los Cantares: *Aparta de mí tus ojos, porque ellos me hicieron volar* (2); observa que esas son las amorosas quejas del Salvador á su castísima esposa, que juntamente es su madre. Viene á ser como si le dijera que las perfecciones que ha puesto en ella, son tan singulares, que cuando llega á considerarlas, tiene por bien empleado todo su trabajo; de donde resulta que le entran ganas de

(1) Orat. de Annunt.

(2) Cant. VI.

volverse al cielo y contentarse con ella sola. Pues para que esto no suceda, la ruega que aparte sus ojos de él, porque si ella le mira de hito en hito segun su costumbre, no puede él menos de contemplarla reciprocamente; lo que le hace olvidarse en cierto modo de las pobres almas por quienes bajó del cielo. Estos sentimientos tan dignos del devoto capellan de la Virgen son muy honrosos para esta, á la cual se juzga capaz de arrebatarse todos los afectos de la sabiduría increada y de ser el único objeto de sus pensamientos y el solo motivo de haber bajado del cielo á la tierra. No puede decirse, ni aun imaginarse una cosa mas grande.

*Semejanza de diversas piedras preciosas con la virgen Maria.*

II. Si yo intentara registrar las entrañas de la tierra é indagar las singularidades de todas las piedras preciosas labradas y pulimentadas con un trabajo indecible; estoy seguro que no habria una que no contuviese en si señales de alguna perfeccion de la virgen Maria. Haria ver que ella es el diamante precioso que nació en la mina de oro de los mas altos designios de la divinidad; diamante por el limpio brillo de su pureza y por el vivo fuego de su castidad y de su impecabilidad. Mostraria que es el hermoso zafiro del trono de Dios, sobre el cual se dejó ver de Moises y de los ancianos del pueblo (1); que es el cristal del firmamento, en que la columbró el profeta Ezequiel; que es el carbunco encendido del fuego sustancial, que fué tomado del altar de Dios en la vision de Isaiás (2). Diria con Job que no puede igualarse á ella el topacio de Etiopia con su oro (3); que como el ópalo tuvo

(1) Exod., XXIV, 10.

(2) Isai., I.

(3) Job, VI.

el lustre de su vida y aun de cada accion suya mezclado con los colores mas excelentes de todas las virtudes; que como la esmeralda tiene la propiedad de que cuanto mas penetra el ojo en la profundidad de sus perfecciones, mas se agranda ella hasta el infinito; que como el brillante girasol concibió de los rayos del sol de la divinidad otro segundo sol, Dios humanado; que es la pantarve mucho mas poderosa para atraer que la de Ctesias, que atrajo del fondo del agua setenta y siete piedras preciosas perdidas por un comerciante de la Bactria, porque Maria sacó del fondo del abismo infinitas almas que habian perecido por sus pecados; que es mas acabada que la del emperador Rodolfo II, llamada la octava maravilla del mundo, porque en un mismo cuerpo labrado á manera de tabla contenia toda especie de piedras ensambladas con tanta sutileza, que sin ninguna juntura aparente expresaban naturalmente las figuras de cuanto hay mas hermoso en el mundo. Ciertamente si es verdad, como afirman los antiguos lapidarios, que las piedras preciosas no son otra cosa que unas sustancias esenciadas de las mas nobles influencias del cielo ó bien unos fragmentos preciosos de las rocas eternas del paraíso, como decian Sócrates y Platon; ¿quién podrá negar que la que fué toda formada de gracias celestiales, tuvo por excelencia las perfecciones y propiedades de todas las piedras preciosas? Y si como decia el buen Tobias y como vió tambien S. Juan, los santos y los escogidos de Dios son las piedras preciosas de que está construida la celestial Jerusalem; ¿cuán preciosa no deberemos de estimar á la que ocupa el lugar mas distinguido despues de su hijo en aquella ciudad y tiene ella sola mas gracias y mas gloria que todos los otros santos? ¿No es ella el sagrado tabernáculo de Dios, al que da S. Juan por fundamento doce piedras preciosas de un valor inestimable, es decir, doce principales virtudes ó gracias fundamentales, sobre las cuales fué edificada la grandeza de

su gloria? ¿Y á dónde me llevaria esta semejanza; si yo quisiera hacer en particular la aplicacion de cada una de sus piedras?

IV. Los antiguos y entre ellos Plinio, Dioscórides y Alberto Magno escribieron cosas admirables acerca de las virtudes de las piedras preciosas. Asi por ejemplo dicen que el verdadero jaspe tiene toda virtud contra los maleficios y los espíritus de las tinieblas, el diamante contra el veneno, el topacio contra el fuego y la cólera, el jacinto contra la peste, por cuya causa se llevaba sobre la region del corazon; que la cornerina contiene la sangre y atemoriza á las fieras; que la esmeralda hace elocuente y rico y conserva la castidad, de la que es tan zelosa, que se hace pedazos cuando la manchan; que la turquesa experimenta todos los accidentes del que la lleva; que el zafiro gusta de la piedad, la santidad y la justicia, por cuya causa se llamó antiguamente la piedra santa, porque sin ella no se daban oráculos, y los sacrificios para ser mas agradables habian de ofrecerse en vasos de zafiro, ó á lo menos era preciso que el sacrificante llevase uno en el dedo. Aun hoy esa es la piedra de los sumos pontífices, y el padre santo cuando crea algun cardenal, acostumbra enviarle un zafiro como para comunicarle la santidad que conviene á su empleo. Los naturalistas expresan muchas otras propiedades tan admirables, que los modernos lapidarios, disgustados por no encontrarlas ya en nuestras piedras preciosas, las cuentan entre las fábulas. Mas yo por mi parte diré desde luego con un antiguo autor citado por Origenes (1) que no es extraño no se hallen en nuestros dias esas admirables propiedades, porque eran figuras y sombras que se disiparon cuando pareció el dia claro de la verdad que figuraban, es

(1) Libr. 2 in Job.

decir, á vista de las verdaderas perfecciones del Salvador y de su dignísima madre, en quien se cumplieron realmente, como es fácil probar por la semejanza de las virtudes y de las perfecciones que he propuesto hasta aquí y apuntaré mas adelante.

*La piedra de la maravilla.*

V. No obstante no puedo pasar en silencio una piedra preciosa descubierta en nuestros dias en el Paraguay, cuya formacion, origen y composicion son de todo punto admirables. Se le ha dado el nombre de piedra de la maravilla ó granada por la gran semejanza que tiene con esta fruta, que es la pieza acabada de la naturaleza en materia de frutas: por eso lleva la corona. La granada no tanto es una piedra preciosa, cuanto un conjunto de ricas piedras y como un gabinete de curiosidades: son innumerables amatistas, cubiertas de una preciosa corteza, dispuestas con tanta industria y proporcion, tan bien engastadas en sus celditas y tan propiamente divididas unas de otras, que no puede verse cosa mejor. Además cuando la tierra está para echarla, se entreabre y hace un ruido como de un trueno, que es la señal para que los naturales del pais vayan á recibir aquel tesoro tan estimado, que no hay grande, ni pequeño que no salga al campo para ver á quién toca la dicha de poseerle. En el año 1617 vimos una, que la cristianidad del Paraguay enviaba al cardenal Borromeo, arzobispo de Milan, sobrino de S. Carlos y protector de las Indias occidentales. Añadiré á lo dicho que la tierra que produce este tesoro, es enteramente inútil para todo lo demás, queriendo mostrar así la naturaleza que emplea todo cuanto jugo tiene la tierra y que hace una quinta esencia para producir esta joya maravillosa. Aun cuando la misma naturaleza nos abriera sus tesoros, no sé si

hallaríamos una piedra igual á esta para hacernos venir en conocimiento de las singulares perfecciones de la madre de Dios: porque este es, hablando con propiedad, el tesoro que nuestra tierra tuvo encerrado tantos siglos, y la piedra preciosa que la naturaleza y la gracia labraron tanto tiempo y con tanto cuidado. Este es el tesoro que el cielo envió á la tierra con tal aparato de promesas y profecías, que resonaron en el universo por espacio de cuatro mil años. Este es un verdadero almacén de riquezas, una colección de grandezas y un conjunto de curiosidades. No nos detengamos en la corteza de la apariencia exterior, aunque huele á no sé qué de grande y sublime, sino entremos mas bien en el interior de esa obra, donde veremos una multitud de piedras preciosas perfectamente ordenadas. Estas serán todos los predestinados que se hallaron con su caudillo en el seno de la Virgen, segun diré mas oportunamente en otros lugares (1). Serán, si se quiere mejor, las singulares y excelentes virtudes de nuestra señora, que como amatistas comunican de buena gana su lustre á la vista sin despedir fuego contra los ojos, es decir, que tienen cierta suavidad propia para atraer y robar los corazones sin ofenderlos con el excesivo brillo. Serán otros tantos preservativos contra las ponzoñosas sugerencias de nuestros enemigos invisibles. Serán las gracias que María nos alcanza á todas horas para impedir que nos dejemos embelesar con los gustos y contenidos de esta vida, porque la amatista impide la embriaguez y de ahí se cree que tome su nombre. Serán todos los buenos oficios que hace con aquellos á quienes da participacion de los favores del cielo. En una palabra no quede por mí que sean tambien todos los actos de virtud que practicó, mil veces mas brillantes y preciosos que todas las piedras del mundo.

(1) Trat. 3, c. 4, y en otras partes.

VI. ¡Cuántas veces me siento animado de la misma idea de Ismenias de Tebas, de quien cuenta Plinio que habiendo encontrado en Chipre una esmeralda donde estaba grabada la imágen de Amimone, una de las cincuenta hijas del rey Danao, y viendo que se la daban por seis dineros de oro, los entregó al punto. Asombrado de esto el mercader le devolvió dos haciendo escrupulo de cobrar tanto; pero Ismenias muy contristado le dijo: Lo siento mucho, porque el dinero que me vuelves, disminuirá en gran manera el valor de esta pieza. Esto es lo que yo siento principalmente: que esta piedra preciosa, honor del cielo y de la tierra, que lleva la imágen de la primera princesa del mundo y de la primogénita del rey de los reyes, no sea estimada como merece. ¡De cuántas gracias se priva el mundo por no conocer su excelencia! ¡Qué diluvio de mercedes caería sobre nosotros, si procuráramos estimarla y admirar en ella la bondad y grandeza del artifice que la hizo tan admirable! ¡Mil veces dichoso el que conoce su precio, mas dichoso el que la honra á la par que la estima, y dichosísimo el que la posee como su tesoro y su único bien despues de Dios!

§. III.—Que María santísima es el verdadero espejo de todas las perfecciones divinas.

I. Asi como las piedras preciosas son los espejos de la naturaleza, asi los espejos son las piedras preciosas del arte. Es tan ponderada la invencion de ellos, que algunos doctores hebreos enseñaron que la ocupacion de Dios antes de producir este mundo visible era hacer espejos. Yo no sé si al decir esto soñaron como es su costumbre, ó si en esas pocas palabras encerraron algun misterio profundo. ¿Querrian decir que Dios abeterno producía su Verbo, que es el espejo de los espejos, es decir, el espejo de sus infinitas perfecciones y de todas las